

JOSE JOAQUIN RODRIGUEZ LARA

LA TIERRA AL FONDO



Edita:
Institución Cultural Pedro de Valencia,
de la Excma. Diputación Provincial de Badajoz.
Flechas Negras, 1 - BADAJOZ

Depósito Legal: BA-86-1980

I. S. B. N. 84-500-3697-6

Imprime:
Doncel Industrias Gráficas
Hernán Cortés, 3 - BADAJOZ

Para Ana



A veces casi es importante sentirse
poeta,
un poeta pequeño, desconocido,
con un despertador intermitente y desacompañado
en el pecho,
un poeta de bellos y sencillos
y frágiles poemas
como esas florecitas de los lindones
que las vacas rumían al atardecer
sin demasiada prisa.

Tengo un paisaje de almendros en los ojos
con el pozo blanco
y mi madre que tiende la ropa en el arbolito,
junto al estanque de los patos
que yo nunca ví.
Recuerdo también mi traje de los domingos
y un viejo carburador minero
que alumbró mis primeras letras.
A la tarde, mi madre encendía la candela
que dibujaba nuestras sombras por el techo
y freía sardinas para la cena.
Tengo en la memoria la enorme colección de juguetes
de alambre que fabriqué uno a uno,
y, si cierro los ojos, puedo sentir el ruido
de mi jergón lleno de hojas secas de maíz,
pero no veo mi cara, no sé mis canciones de niño
y si fue feliz mi infancia.

Aquella carta llegó una tarde límpia
de mayo,
venía de muy lejos,
mi madre esperaba a la puerta
y sus manos temblaron al abrirla.
Durante mucho tiempo
ví húmedas y calientes sus mejillas,
y creo que le temblaba la voz.
Después sus lágrimas se repitieron iguales
otras tardes,
hasta que, con los años, el paso del cartero
se hizo familiar y conocido,
y la pena se volvió casi costumbre.

*El día nace,
corre la tarde y siembra en las manos
una esperanza.*

Fue en tus calles
oscuras y vacías, azules de niebla,
triste de noviembre.

Fue en tus calles.
Chirría una bombilla en el hierro
y un canal se adormece con música de lluvia,
los pies cerca del brasero
y la camilla de vestido verde
que arrebujaba los cuerpos,
suena la radio inútil y sola
y un huevo crepita en la sartén,
el marido, los hijos,
una lágrima caliente las mejillas.

Fue en tus calles
azules de noviembre,
aquí perdí un sueño,
allí encontré un abrazo,
un beso primero,
aquel amor adolescente quedó muerto en esa esquina.

Fue en tus calles.
Qué lejos pueblo mío, qué lejos.

A Ildefonso Ferrera Moreno

Amigo mío,
perdido en tu pueblo y mi pueblo,
triste y enamorado,
no sabes bien de qué, ni desde
cuando.

Amigo mío,
amigo primero, quizás único,
sembrador de sueños, jinete
desbocado, que persigues
el triunfo con brazo moreno y mirada
ancha, con sudor y risa
mojada en vino.

Amigo mío
sé fiel a tu corazón,
a tus sueños de hombre bravo,
y siéntete brotar en cada esquina
de rayo, de olivo o de trigo,
siéntete guerrero y esposo
y ama la tierra,
asédiala,
y que tu pecho no pare hasta la muerte.

Llevo encharcada el alma
con tu nombre,
tapizadas las venas y el tibio hilo
que nos une a la piel
de cada día
con tu nombre sonoro de tierra
ancha y palmada,
y aún así
eres mi más profundo silencio.

He bajado hasta el fondo de mí
a buscarte
en los bolsillos ignorados del alma,
en los pliegues recónditos del recuerdo,
allí donde no me conozco
e ignoro si tengo existencia
de hombre y de retrato.
Me he hundido hasta el fondo,
a buscar una hebra de hilo,
un olor a tierra,
la misteriosa señal de que estás,
perenne y rotunda,
siempre al alcance de mi mano,
pero estaba vacío el corazón
y solo hallé palabras tristes.

Mi voz se pierde en las tardes de otoño
entre las últimas hojas
que aletean dóciles por los árboles
y el viento arranca sin una queja.
Es un canto menudo,
insignificante, como el rocío que perlea
las briznas de hierba en la mañana,
y así, ¿qué quieres?
si se me nubla la boca y el verso
me nace húmedo y casi triste.
Nadie más que yo desea
acordes de trompeta para cantar tu gloria
de tierra noble y guerrera,
pero mi canto es guir de grulla
que cruza el cielo
como una lluvia de terrones.
A veces, es tan torpe la palabra.

En las noches como esta sueño
la risa de las muchachas
que pasean sus pocos años hermosos
y el vino
que salta de vaso en vaso
por las tabernas de los últimos pueblos.
La nostalgia me rezuma los ojos
y siembra el silencio
de poemas incompletos y necesarios.

Como la cebolla
llevo el llanto de hueso a hueso.
Tu nombre me tapiza los labios
como un retrato colgado del corazón,
y amo y deseo tu cuerpo
de primera novia adolescente,
estirado en el llano inmenso de tu falda
que ondea por los cerros,
y en las noches más tristes
busco la caricia de tu mano tierna,
el sabor viejo de tu lumbre en esos pueblos
casi blancos y casi muertos.
Pero se fue tu eco por los caminos,
por las tapias húmedas de los cementerios,
y ya no canta el polvo en mis zapatos,
ya no.
Como la cebolla
te llevo de hueso en hueso.

La tierra al fondo,
abierta en barbechos y encinas de siglos,
la tierra
que late y cruje
y se hace llama en el corazón y verso
en los ojos y canto
en la palabra y amor en la noche.
La vida clavada en el surco,
repleta de surco la boca, ahitas
las manos de norias y molinos
y hombres de noviembre y trigos de mayo.
La tierra al fondo del alma,
al fondo del verso, presente en la palabra,
y cuando la palabra muera
que un hueco caliente y tendido
arrope el silencio.

Eres mi sepultura abierta,
el polvo que cubre mi pecho y mis zapatos.
Siento la raíz de mi sangre
eternamente hundida en tu llano
que me almohada el sueño
y es la cárcel de mis ojos.
Llevo tierra en los labios desde niño,
pero me brota la voz lejana y lluviosa
como un aleteo de zurita sobre los tejados.

También esta tarde
te he visto bajar en racimos
de los últimos vagones,
con damajuanas verdes
y cajas de galletas en las manos.
Traías todo el polvo del campo
sobre la ropa,
y toda la tristeza del alma
en maletas de cartón.

Cuántos anafes vacíos,
tapizados de ceniza antigua
y quietos,
sin que un sabio viento
de soplillo
les avive los tizones del alma.

El vino baja caliente
de la taberna
y se desparrama en pasos
por las callejas.
La tierra descansa
en espera
de que el gallo brote
su amarilla cresta.

Ríe el horizonte su sonrisa larga
de punta a punta,
y el cementerio de Valverde
tiende su gotita de cal
al borde de los eucaliptos,
como una caja de cerillas
olvidada en el paisaje.

La calle olía
a forraje fresco,
a música de campanillas
y burritas de paso trotón
camino de la cuadra.
Cada tarde el pueblo
tintineaba por las esquinas
en un concierto anochecido
de cobre y herradura,
hasta que un rugido de bielas
empañó el aire
y puso renglones de humo
sobre la calma.

Han llegado los hombres de la era
con los pliegues de la piel
tapizados de tamo
y las venas transparentes de sol.
La cerveza les glotea fresca
en la garganta,
y el cansancio se desprende a pedazos
por las esquinas,
en húmedos chasquidos de cebolla desgajada.

Recuerdo mis juegos
en el pajar,
con su piso todo de madera
y un agujero para verter el heno.
Algunas tarde
pegaba mis ojos al boquete
para mirar la burrilla
que masticaba los higos pasos
y los hacía almibar en su boca,
de una forma casi humilde.

En el doblao se empolvan las viejas artesas
que huelen a adobo,
también grandes damajuanas de vidrio verde
y sillas sin hondón.

Hay baúles antiguos y candiles en desuso,
cántaros rotos y alguna muñeca de trapo
dormida entre nidos de ratón y tinajas de aceite.
Por los rincones aguarda el grano
la próxima siembra y cuelgan de los maderos
ristras de ajos y ramos de laurel.

Cuantas tardes de lluvia
entre los viejos cacharros y, luego,
cuando ya amaina, las palomas esponjan sus plumas
en el agua que corre
y yo las miro en silencio desde la ventana.

Esos pueblos casi blancos
enhebrados en el hilo azul de la carretera
parecen cuentas
de un collar desparramado.
A media tarde
cruza el coche de línea, con su paso
cuarentón y cotidiano,
y siempre los mismos ojos tras la ventanilla
escudriñan los zócalos rojos y grises.
Las mujeres asoman la cara al vano
de la puerta
para llamar al hijo embebido en el juego,
y el traqueteo desaparece por las últimas calles
con el mismo olor a gasoil
de todas las tardes.
En esos pueblos
las casas se duermen poco a poco,
sentadas al borde azul de la carretera.

Cuánta verbena de feria
en la plaza,
cuánto pasodoble usado
mil veces
por idénticos atriles.
Sobre las piedras y las ventanas
vuelan banderas de papel,
trompetas ahogadas,
y el pecho casi triste
de una muchacha solitaria.

El blanco plumón de las camisas
encala la tarde
que huele a juncia fresca,
a rezo de beata.
Los hombres uncidos al campo sacan del baul
su mejor traje
y por un día
olvidan la yunta y la senara
al murmullo de los pasos
que se alargan en hilera
bajo los balcones.
Con qué misterioso fervor
estos hombres
aúnan cada año su camino
bajo la misma imagen, por idénticas calles,
en la misma y repetida procesión.

Entonces la fuente vertía
sus cuatro chorros sonoros
desde los alto.
Su presencia se extendía tranquila
por la plaza,
y las mujeres usaban cañas amarillas
para guiar el hilito transparente
al pretil almenado de cántaros.

Paseo los pueblos
con mi carga de viajero curioso,
de vagabundo por temporadas,
y las viejas asoman
sus columnitas negras
a los zaguanes umbríos,
flanqueados de láminas enmarcadas y aspidistras
siempre verdes,
como guardias civiles jamás floridos.

Me gustaba penetrar en la niebla colgada de los cerros
cuando el frío araña las sienes
y descubre las venas que golpean los muros del cerebro
como látigos azules y calientes,
y ahuyentar aguanieves con mi perro y piedras
que persiguen su sonido por el aire.
Entonces era feliz y casi del mismo color
que las cosas verdaderas; tenía un amigo
y una ventana para ver la lluvia y al atardecer
la calle se me llenaba de campanillas
y olor a forraje tierno y las bombillas
se encendían casi al mismo tiempo que las estrellas.
Después me hice estatua funcional, pieza
de reloj, grito utilizado,
número de carnet clavado en el pecho,
usuario del metro, comprador de diarios,
hueco por las esquinas y poeta.

poemas del recuerdo y del silencio
poemas de la soledad y la distancia
de como era todo
de como todo sigue siendo
poemas de la desesperación
de la nostalgia
de las tardes de lluvia
y la tristeza de no ser calle tendida
bajo el agua.
Pequeños poemas para dibujar la infancia.

Esta primera edición de
"La Tierra al Fondo",
de
José Joaquín Rodríguez Lara,
se acabó de imprimir en Badajoz,
en el
Taller de Artes Gráficas
de
Alfonso Doncel
el día 15 de octubre de 1980,
festividad de Santa Teresa.

José Joaquín Rodríguez Lara, periodista, nació el Jueves Santo de 1956, en Barcarrota. Su obra literaria, publicada de forma esporádica, hasta ahora, en revistas y periódicos, aparece por vez primera recogida en un libro con el presente volumen. En "La tierra al fondo" se incluye parte de su producción poética durante los primeros años de estancia en Madrid, como estudiante de Ciencias de la Información, disciplina en la que obtuvo la Licenciatura por la Universidad Complutense.